

AMIN MAALOUF, *escritor*

‘VIVIMOS EN UN MUNDO DESORIENTADO’

Tras una larga ausencia del género novelístico, Amin Maalouf regresa al ruedo literario con *Los desorientados*, título sugerente que algunos saludan como el mayor trabajo narrativo del autor, galardonado en 2010 con el *Príncipe de Asturias de las Letras*. El libro nace en un momento muy especial en la vida de Maalouf, que desde el 23 junio de 2011 es *Inmortal*, si nos atenemos al reconocimiento que se otorga en Francia a los miembros de la Academia, donde sucedió, en el sillón 29, al antropólogo Claude Levi-Strauss, convirtiéndose en el primer libanés de la Historia que ingresa en la Docta Casa.

JUAN ANTONIO LLORENTE

–¿Le gustaría ser de verdad inmortal?

–No tengo esa opción. Pero voy a intentar responder formulándome a mí mismo una pregunta: ¿podría ocupar mi tiempo durante milenios? La respuesta es sí. Partiendo de la hipótesis puramente fantástica de que se pudiera vivir eternamente conservándonos con buena salud, tendría cosas que hacer durante miles de años. Tengo tantos libros por leer, tantas lenguas que estudiar... Viajaría por todos los países del mundo, me documentaría en todas esas ciencias que me apasionan y solo conozco de un modo superficial. Sinceramente, hay cosas que hacer y aprender en el mundo para llenar siglos y siglos.

–¿Se encuentra cómodo en la silla de la Academia que ocupó Levi-Strauss?

–Es un gran honor, un privilegio, un goce remplazar a alguien como él, a quien he admirado desde hace mucho tiempo. Una persona cuyos libros estudié en mis tiempos de universitario y a quien después continué leyendo. No solo con mucho interés, sino también como testimonio de adhesión, porque me reconozco completamente en su visión del mundo. En esa forma de contemplar la Historia no desde un punto de vista único, sino desde distintos ángulos. Incluso el de los vencidos: el de aquellos que se encuentran en posición de inferioridad a causa de las vicisitudes de la Historia. Él aplicó esta óptica en casos como el de los pueblos amazónicos, con una visión de gran nobleza. Por eso siento tanto orgullo por ocupar su sillón. Y también porque esa circunstancia nunca pensé que pudiera llegarme.

–Hasta su llegada solo había dos miembros extranjeros en la Académie: Assia Djebar y François Cheng.

“El exilio comporta sufrimientos, pero es también una oportunidad”

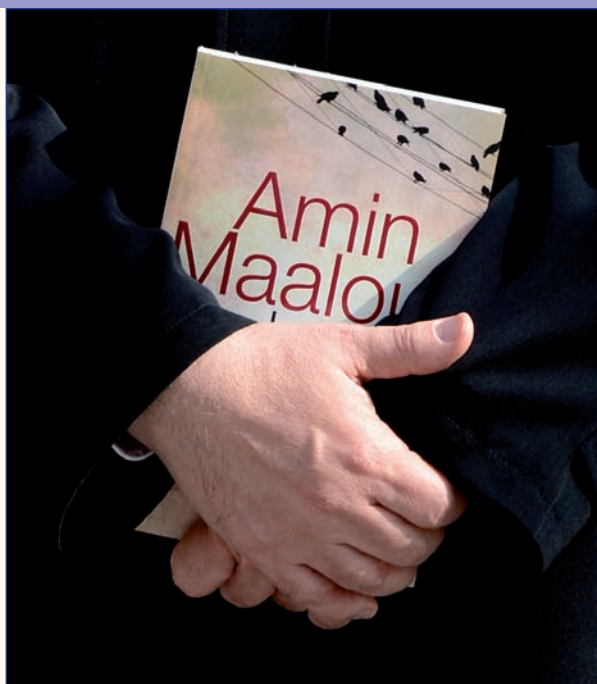
—Estaba también el argentino Héctor Bianciotti, que era muy amigo mío. La primera vez que pisé la Academia para asistir a la recepción de un académico fue con motivo de la llegada a ella de Héctor. Me invitó él y aquel acto, que tuvo lugar en enero de 1996, lo conservo en mi memoria como un momento de mucha emoción. Se puso en pie para leer su discurso en el mismo punto en que yo lo hice quince años más tarde. Se le notaba muy emocionado. La voz, ahogada, apenas le permitía hablar. Cuando por fin emitió las primeras palabras, intentaba colocarme en su lugar y pensaba: debe de ser terrible estar ahí, teniendo que superar semejante prueba... Y resulta que, por un trágico azar, fui elegido el 23 de enero de 2011 y recibido poco más de un año más tarde: el 14 de junio de 2012. Digo lo del trágico azar porque Héctor había muerto dos días antes. Fue muy triste para mí. El 13 de junio asistí a la ceremonia que se organiza tradicionalmente y se conoce como *La entrega de la espada* por parte de un miembro de la Academia, gesto al que yo tenía que responder en presencia de los demás integrantes de la Casa y de algunos amigos. En mis palabras dije lo que acabo de referir respecto al día en que pisé por primera vez aquel lugar para asistir a una recepción. Cuando descendí de la tribuna, alguien vino a decirme, conmovido, cómo le habían impresionado mis palabras sobre Héctor, estando de cuerpo presente. ¡Y yo no tenía ni la más remota idea de que hubiese muerto la víspera!

—Después del Goncourt de 1993, ¿este nombramiento reafirma su identidad francesa? ¿Afianza su orgullo en tanto que libanés? ¿O hace tuyas las palabras del protagonista de su novela *El viaje de Baldassar*: “nací extranjero, he vivido extranjero y más extranjero aún moriré”?

—Experimento las dos sensaciones. Esté donde esté me siento un poco extranjero. El destino de todo aquel que se exilia comporta esa idea de haber vendido tu patria. Y al tiempo soy alguien que está fuera de ambas patrias. Me siento libanés y voy a serlo hasta el final de mi vida. Y al mismo tiempo, lo quiera o no, después de 36 años fuera del Líbano, soy un poco extranjero. Todo ese tiempo lo he vivido en Francia y estoy totalmente integrado en la vida de ese país. Ahora más que nunca. Y a la vez me considero alguien que viene de fuera. Esa circunstancia no la veo como un dilema a resolver, puesto que son dos rostros de una misma realidad. Mi pertenencia a la Academia refuerza definitivamente mis lazos con Francia, siendo consciente de ser el primer libanés en esa institución: una gran responsabilidad que debo aceptar. Y así lo dije en mi discurso de ingreso al manifestar que asumía esas dos pertenencias.

—Habla de responsabilidad. ¿Un académico precisa ejercer mayor control de calidad en sus escritos? ¿Sería achacable a tal circunstancia la lenta digestión de sus novelas, tan espaciadas en el tiempo? ¿O ni siquiera es una novela *Los desorientados*?

—Naturalmente que es una novela. A decir verdad, no tengo la sensación de haberme alejado de la novela durante doce años. Cuando alguien me comentó por primera vez que *Los desorientados* era la primera después de ese tiempo, quedé un tanto sorprendido hasta que, calculando, dije: pues es verdad; tienen razón. Pero es que cuando trabajé sobre el libro *Orígenes*, aunque lo escribiera a partir de documentos de mi familia, lo concebí como una



“El papel de la cultura pasa por alzar la voz para mostrar un camino para salir de la crisis, que no es solamente económica”

novela. Por esa razón acudí a un estilo narrativo que pudiera recordar el género. La única diferencia era que, en lugar de tratarse de documentos imaginarios, manejé documentos reales. En ese periodo también trabajé intensamente sobre libretos de ópera. Dos de ellos —*L'amour de loin* y *Adriana Mater*— se han publicado y otros dos no han aparecido impresos. Es verdad que el sistema de trabajo en estos casos no es igual, pero el tiempo que les he dedicado no ha sido estéril. Podría decir que de los doce pasados años a los que aludía, dos de ellos los podemos anotar a cuenta de la ópera. Por otro lado estarían los ensayos, como *El desajuste del mundo*, que apareció hace tres años. Parte de ese periodo lo he dedicado también a trabajos de ficción, sin tener conciencia de que el tiempo pasaba sin publicar una novela propiamente dicha. A la vista de estos cálculos he tomado la decisión de que no debe pasar tanto tiempo sin dar a la luz una nueva.

—¿En este libro hay una rendición de cuentas generacional, cierta catarsis de su juventud?

—Sí. Porque pienso que para mí había razones para hablar de esa época. Aunque no es, a pesar de todo, una autobiografía propiamente dicha. Me inspiré para escribirlo en la atmósfera de mi juventud para contar no solo mi propio pasado, sino la desorientación general en aquel momento. Porque es cierto que hablo de una generación desorientada, pero hablo también de la desorientación del mundo. Porque vivimos en un mundo desorientado. No simplemente una determinada región del planeta, sino toda una generación.

—Formalmente se asemeja a un guión cinematográfico, con acción y notas. ¿Le gustaría que alguien recogiese la idea? ¿Qué condiciones pondría para el guión?



“He tomado la decisión de que no debe pasar tanto tiempo *sin dar a la luz* una nueva novela”

—Sinceramente, no tengo una gran experiencia en el cine. La única hasta el momento es que me han sugerido proyectos continuamente, pero nada más que eso. Aunque a día de hoy existen propuestas avanzadas para llevar a la pantalla dos o tres novelas más, nunca se ha hecho un verdadero film a partir de mis libros. Si no tengo una actitud determinada en cuanto al tratamiento es porque no he pensado en ello. La prioridad sería que, sea quien sea quien tome esa determinación, haga un trabajo de calidad, respetando el espíritu del libro. Estaría fuera de lugar que a partir de *Los desorientados* hiciese una película de un combate que no es el mío por defender unos ideales que son contrarios a los que yo defiendo. En líneas generales, de llevarse a cabo alguna de esas ideas, pediría simplemente que sea una buena película.

—Esa prueba la soportaría a la perfección *Las escalas de Levante*.

—De hecho existe un proyecto muy serio al respecto. Unas personas han comprado los derechos y están trabajando sobre ello. No tengo información sobre la marcha del plan, pero me consta que está muy avanzado. Podría ser el primero de mis libros que llegue al cine.

—En *Los desorientados* se da un hecho insólito en su obra: el retorno del protagonista a su país, algo que convierte al libro en distinto a los anteriores.

—(Dubitativo y sonriendo como un niño al que sorprenden.) Es verdad, es verdad, es verdad...

—Por eso le hablaba de una cierta rendición de cuentas.

—También es cierto. Anteriormente nunca regresaba al país con la idea de reinstalarse. Eran visitas fortuitas: dos o tres días y nada más. La diferencia entre el personaje de la obra y yo, aunque guardemos muchas similitudes, es que él nunca había vuelto a pisar su tierra y esa nunca ha sido mi actitud. Cuando me marché del Líbano al principio volvía con bastante frecuencia. Y aunque después,

durante unos diez años, dejé de hacerlo, en conjunto nunca me planteé el no retorno.

—Georges Moustaki, buen amigo suyo, decía en una canción refiriéndose a la libertad: *dejé mi país, perdí mis amigos para ganarme tu confianza*. ¿Le dice algo?

—Georges y yo procedemos de latitudes geográficas cercanas. De esas antiguas ciudades levantinas que conocieron una calidad de coexistencia extremadamente rara. Lo hemos hablado con frecuencia: tenemos nostalgias comunes y desilusiones comunes. Pero al tiempo no podemos ver el hecho de dejar tu país como una maldición. Creo que tenemos la posibilidad de encontrar alegría, plenitud... De descubrir otras sociedades, otras culturas, otra vida. Pienso que esta reflexión es tan válida para él como para mí. El exilio comporta sufrimientos, pero al tiempo es también una oportunidad.

—En esta obra, Adam, el protagonista, con quien instintivamente se le relacionaría, es el menos dibujado. ¿Reconoce un poco de usted en cada uno de sus amigos que configuran la historia?

—Sí, sin lugar a dudas. En unos más que en otros. Pero que nadie piense que Adam soy yo. Hay ciertos rasgos vitales suyos que tienen que ver conmigo, pero también los hay en la mayor parte de los personajes. Es verdad que me resulta muy cercano; que nuestras miradas están muy próximas, pero su historia no es la mía.

—Entre ellos hay un constructor enriquecido, un místico... Incluso un político. ¿Cómo ve la política hoy alguien que como usted ha sido periodista?

—Siempre he sentido gran interés por la política y he permanecido muy próximo a ella. Pero solo como observador. Creo que si hubiese tenido la debilidad de dedicarme a ella habría sido un político muy malo. Porque es un oficio que demanda un carácter que no es para nada el mío.

—Sus últimos títulos tienen connotaciones negativas: *desajustes*, *desorientados*. ¿Siente desánimo por lo que le rodea?

—A pesar de que el anterior era un ensayo y el de ahora es una novela, es verdad que hay un nexo común: la constatación de que ciertas cosas no funcionan en este mundo, de que vamos en mala dirección. En el primero de ellos trato de analizar las razones de esta situación y en el segundo pretendo contar a través de las vidas de un grupo de amigos cómo su existencia se ha visto afectada por los desajustes del mundo de los que hablaba en el ensayo.

—Cuando recibió el *Príncipe de Asturias* ensalzó la importancia de la cultura diciendo: “no es un lujo que podamos permitirnos solo en las épocas faustas.” ¿Qué le parecen los recortes en ese terreno en numerosos países?

—Como dije en aquella ocasión en Oviedo, la cultura no es un lujo que no se pueda pagar cuando no hay fondos suficientes. El papel de la cultura pasa por alzar la voz para mostrar un camino para salir de la crisis, que no es solamente económica. Están además la crisis de confianza y la crisis moral. Debemos dar con esa dirección, porque el verdadero problema consiste en saber hacia dónde vamos a partir de hoy. Y eso lo puede hacer la cultura. ■